

«Uno de los retratos más auténticos de la Praga mágica. El increíble matrimonio entre el humor plebeyo y una imaginación barroca.» Milan Kundera



**BOHUMIL
HRABAL**
**Trenes
rigurosamente
vigilados**



El Aleph

En la oficina de comunicaciones todo estaba tal como cuando yo lo dejé. La cabina de enclavamientos que bloquea los cierres de las vías de paso seguía pareciéndose a un enorme aristón o a un tragaperras, la mesa del telégrafo seguía estando bajo la ventana desde la que se veía un sendero de cinco kilómetros a través del campo, bordeado por viejos manzanos, un camino en cuyo final brillaba el palacio del príncipe Kinsky, un palacio que hoy por la mañana, cuando salió el sol, estaba cubierto de niebla hasta el primer piso, de modo que parecía como si estuviese colgado de una cadena de oro. Y encima de la mesa había tres telégrafos fabricados medio siglo antes por la firma Siemens Halske y tres libros de registro de mensajes telegráficos. Y los dos teléfonos manuales y los tres teléfonos de estación se conectaban sin parar y en la oficina de comunicaciones se oía constantemente el tierno arrullo y el tintineo y el murmullo de los telégrafos y los teléfonos, como en la tienda de un vendedor de pájaros cantores. En la ventana que daba a la

sala de espera seguía habiendo una cortina verde recogida con anillas de bronce y a su lado un armario de metal y la máquina de fechar los billetes. El factor Hubička me dio la bienvenida y enseguida dijo que íbamos a trabajar juntos, que después de tres meses de enfermedad tenía que volver a empezar el aprendizaje. Y después me preguntó el señor factor qué hora era y me levantó la manga, y no miró al reloj, miró directamente la marca de la herida cicatrizada.

Y yo me sonrojé y enseguida hice como que buscaba mi gorro rojo. Estaba en el armario, completamente lleno de polvo; en el fondo había huellas de patitas de ratones. Bajo el sol de la mañana me puse a cepillar el gorro de mi uniforme, oyendo el arrullo de las palomas del jefe de estación en el palomar. Detrás de la estación se veían todos los obstáculos de una carrera de caballos, era como una miniatura del Gran Premio de Pardubice, porque el príncipe Kinsky criaba caballos de carrera con los que había ganado no sólo el Gran Premio de Pardubice sino también el de Liverpool, casi un millón de libras esterlinas, aquello era entonces tanto dinero que el príncipe empezó a construir detrás de nuestra pequeña estación un cine enorme y un teatro y una sala de conciertos para nuestro pueblo, pero no lo terminó de construir, así que se convirtió en un depósito de granos, el depósito de granos más hermoso del mundo, al que se entraba a través de

columnas romanas y griegas. Y a ese depósito de granos lo llamaban a la inglesa: «liverpul»...

Justo a las siete y media entró en la oficina de comunicaciones el jefe de estación. Pesaba casi cien kilos, pero las mujeres decían que bailaba con una suavidad increíble. Se peinaba estirando los pelos del lado izquierdo, a través de la calva, hacia el derecho, y los del derecho, desde la oreja, los estiraba a través de la calva hacia el lado contrario. Pero cuando algunas veces paseaba por el andén, al soplar, el viento se los despegaba y le levantaba aquel arco gótico de sus pelos. Ahora estaba abriendo la puerta de su despacho. Nadie podría suponer que el jefe de una estación tan pequeña tuviera un despacho tan puesto. La alfombra de Persia relucía siempre con sus flores rojas y azules, tres taburetes turcos aumentaban la atmósfera oriental. Y al pesado escritorio con incrustaciones de caoba le hacían sombra las grandes hojas de una palma enorme y esas hojas formaban una especie de sombrilla sobre el sillón veneciano. Y en general todo aquel despacho daba la impresión de que podía ser transportado sobre unas parihuelas, con jefe de estación y todo, igual que llevan al Papa. Sobre un aparador rococó había un reloj de mármol y en lugar de péndulo tenía tres bolas doradas que daban vueltas hacia uno y otro lado y todos los que oían el sonido de este reloj, todos se volvían hacia el reloj y decían: ¡Qué bien suena este reloj! Y

después había en el despacho un canapé tapizado en tela encerada color chocolate y en la pared un óleo grande que representaba una locomotora entrando en la estación de Wilson* y echando vapor hacia los rieles y hacia el cielo y poniéndose en marcha en medio del vapor, un cuadro que emocionaba a cualquier empleado de los ferrocarriles del Estado, y más aún a nuestro jefe de estación, que tenía dos objetivos en su vida, ser nombrado inspector de los ferrocarriles del Estado y obtener un título: barón Lánský z Růže, porque al investigar sobre sus antepasados había descubierto que tenía un poco de sangre azul. Así que tenía sangre azul por partida doble, porque a los ferroviarios también se les llamaba la nobleza azul.

Por lo demás el jefe de estación tenía una afición bastante corriente, criaba palomas; antes de la guerra las criaba de raza *badget* de Nuremberg, esas palomitas que tienen unas agresivas flechas negras y blancas en las alas, y él mismo les limpiaba un día sí y otro no el palomar y les cambiaba el agua y les echaba salvado. Pero cuando los alemanes atacaron tan salvajemente y después derrotaron a los polacos, el jefe de estación dejó el palomar cerrado y antes de irse a Hradec le ordenó al mozo de la estación que estrangulara a todas aquellas *badget* de Nurem-

* Estación principal de Praga.

berg. Al cabo de una semana trajo otras polacas, con una cola azul preciosa y unas alas maravillosas, adornadas con triangulillos grises y blancos, combinados como los azulejos en los cuartos de baño.

Y yo estaba en medio de las vías y sentía que alguien me miraba, me volví y en la ventana abierta del sótano vi los ojos de la mujer del jefe de estación, que, allí en la oscuridad, le daba de comer a un ganso y me miraba. Yo le tenía cariño, a la mujer del jefe de estación; le gustaba ir por la noche a sentarse a la oficina, hacía un mantel de ganchillo; había tanto silencio cuando hacía ganchillo, de sus dedos salían sin parar flores y pájaros, encima de la mesa de telégrafos tenía una especie de libro hacia el que se inclinaba para buscar instrucciones sobre cómo coger los puntos, como si tocara la cítara y leyera las notas. Pero los viernes ajusticiaba conejos, cogía entonces de la conejera un conejo, se lo ponía entre las piernas y después le ponía en el cuello un cuchillo poco afilado y le iba haciendo un corte al animalito, que emitía un pitido, un pitido que duraba mucho, hasta que al cabo de un rato su voccecita se hacía más débil, pero la mujer del jefe de estación lo miraba como si estuviera haciendo un mantel de ganchillo. Decía que así, cuando el conejo se desangra, la carne es mucho más rica, más tierna. Yo veía por anticipado cómo le iba a cortar el cuello a este ganso

sobre el que se sentaría como a caballo, le apretaría el pico anaranjado contra el cuello, como quien cierra una navaja, primero le arrancaría con cuidado las plumitas de la nuca y luego la sangre caería en la cacerola, el pájaro se debilitaría hasta quedar desarmado, la mujer del jefe de estación se quebraría, quedaría apoyada sólo sobre sus piernas.

—Alumno Hrma —llamó el jefe de estación.

Voy al despacho, saludo y me pongo firme.

—¡El alumno Miloš Hrma se presenta al servicio!

—Siéntate —dijo el jefe de estación y se levantó de la mesa y una de las hojas de la palma se le apoyó en la cabeza. Después se quedó un rato delante de mí, sus ojos llorosos recorrieron mi uniforme, después me abrochó un botón del abrigo.—Bueno, Hrma, te habrás dado cuenta de que no tenemos aquí a nuestra telegrafista.

—¡La buena de Zdenička! —dije.

—La buena... ¡ya! —respondió el jefe de estación—, ¿no ha oído decir nada en la ciudad?

—No oí nada, ¿de qué se trata?

—Qué raro. ¡A nuestro factor ya casi vienen excursiones a visitarlo! ¡Como si tuviera cuatro piernas! ¡Dos cabezas! ¡Buena fama le ha dado a nuestra apacible estación, buena fama!

—Eso sí que lo sabe hacer el factor Hubička —dije—, cuando yo estaba de servicio en Dobrovice y el señor factor se encargaba de mi aprendi-

zaje, iban a verlo de toda la línea... eso fue cuando le hizo con cierta dama una raja al canapé del señor jefe de estación...

—¿Uno de esos canapés austríacos, de tela encerada? —se asombró el jefe de estación—, ¿como éste?

—Exactamente igual —dije.

—Miloš, siéntate —el jefe de estación puso una voz más amable. Se sentó a caballo del otro taburete y se llevó la mano al oído.

—Ya había salido el último tren de la noche —le dije al oído al jefe de estación— y estaba con nosotros en la oficina una señora muy guapa que fumaba cigarrillos y bebía vino. Y a eso de la medianoche me dice el señor factor Hubička: «Miloš, tú sólo eres un alumno pero yo te tengo confianza. Te harás cargo de mi servicio durante unas dos horas». Así que yo me hice cargo del servicio y el factor Hubička se llevó a aquella dama al despacho del señor jefe de estación. Y yo apoyé la oreja contra la puerta del despacho del señor jefe de estación y oí: «Gatita, el cuerpo lo necesita, el cuerpo lo pide...».

—¡Guarro más que guarro, puerco!

El jefe de estación se levantó y miró por la ventana, a través de las palomas que hacían reverencias y zureaban, hacia el andén en el que estaba el factor.

—¡Si al menos se le notase su naturaleza depravada! —gritó el jefe de estación, y el factor

Hubička se metió un dedo en la oreja y lo sacudió como si tuviera agua en el oído.

—Ya se sabe que del agua mansa... —dije—, pero a la una de la mañana, después de que el carguero se llevase los vagones de azúcar, me puse a escuchar y oí desde el despacho un sonido como cuando arrastran un féretro... ¡Y después un golpe! Entré corriendo en el despacho del señor jefe de estación y la dama estaba acostada en el canapé boca arriba, ¡desnuda y con las piernas abiertas así! Y el señor factor Hubička estaba tendido en el suelo en calzoncillos, igual que en nuestra iglesia el soldado cuando abren el santo sepulcro. Y me dijo: «Miloš, he cogido mal el efecto contrario. Me he caído del altar del amor...».

—¡Hiena carroñera! —gritó el jefe de estación y se apoyó en el marco de la ventana y se quedó mirando al factor que estaba en el andén con las piernas entreabiertas y miraba al cielo.

—¿Y de qué manera estaba acostada la furcia esa en el canapé del jefe de estación, de qué manera? —se volvió el jefe de estación.

—Si me permite, se lo enseño —dije y señalé hacia el sofá de tela encerada y me lancé hacia allí y en el aire me di la vuelta y caí de espaldas. Y el jefe de estación se inclinó hacia mí y dijo amenazante:

—¡Si se quiere revolcar con las putas lo hace en la sala de espera! ¡Pero no en el canapé de su jefe de estación!

—Porque el único que puede sentarse en el canapé del jefe es el señor jefe de estación —respondí.

—¡Tú mismo lo has dicho, pero para ese guarro más que guarro no hay nada sagrado! —gritó.

Y yo me levanté y dije:

—Pero señor jefe de estación, eso no es todo, ¡fíjese! —cogí al jefe de estación de la manga y le señalé—, y aquí, en este sitio, aquí se rajó la tela encerada a todo lo ancho...

—¡Rajaron el canapé! —gritaba el jefe de estación—, le rajaron el canapé al jefe de estación; de parte a parte. ¡Pero eso es porque ya no hay nada que esté por encima de los hombres! Ni Dios, ni el mito, ni la alegoría, ni el símbolo... ¡pero no para mí! ¡Para mí Dios existe! Pero para este guarro más que guarro no existe más que el asado de cerdo con col...

Y el jefe de estación ya no hablaba, lo único que hacía era respirar, resoplar, mirar al andén, a las espaldas del factor Hubička.

—Es un demonio —dijo al cabo de un rato—. Un sujeto que hace ya diez años que hubiera podido ser jefe en alguna estación pequeña de una sola vía, pero sigue sin tener ni una sola estrella. En cuanto lo quieren ascender, enseguida hace alguna guarrada, mientras que yo asciendo siempre.

—Me han dicho que lo van a ascender a inspector de los ferrocarriles del Estado.

—Así es.

—¡Ah, entonces en lugar de tres estrellas tendrá una sola pero con el entorchado de inspector! —exclamé.

—Así es, Miloš —dijo soñando el jefe de estación—. Semejante ejemplo —dijo y abrió el armario y sacó una camisa que llevaba ya bordado el entorchado con la estrella de diamante—, semejante ejemplo os doy yo y es como darles margaritas a los cerdos.

—Un inspector —pregunté yo— viene a ser en los ferrocarriles como un comandante en el ejército, ¿verdad?

—Así es, Miloš —dijo el jefe de estación.

Y por la vía primera atravesó un largo tren de carga, iba a toda velocidad y los ejes, al pasar por las juntas de los rieles, emitían con regularidad un sonido profundo. Y el jefe de estación metió cuidadosamente las mangas y los faldones en el armario para que no los pillara la puerta al cerrarla. Después cogió la lata del salvado, abrió la ventana y las palomas polacas entraron volando al despacho, se peleaban en el aire por ver quién se le sentaba en el hombro, así que todas se sentaron encima del jefe de estación como si fuera un monumento o una fuente, bajaban las cabezas y se frotaban contra él, casi no les interesaba el salvado, casi les importaba más su amor, le daban con los picos en la cara, pero con tanta ternura como si fueran pequeñas hijas suyas. El tren

de carga se llevó su ruido. Este estrépito acompañaba siempre al tren en movimiento, igual que en tiempos de paz acompañan a cada tren nocturno los cuadrados y los rectángulos de las ventanas iluminadas.

—¿Y qué es lo que ha podido hacer el señor factor con Zdenička? —pregunté yo.

—Bestialidades —dijo el jefe de estación sonriendo y dejando que las palomas le picoteasen en los labios—, un animal sería incapaz de hacerlo. Pero ya no pienso enfadarme por su culpa, ahora ya está todo en manos de la comisión disciplinaria en Hradec... Sencillamente, el señor factor Hubička se le echó encima a Zdenička durante el servicio nocturno y después le levantó la falda y le fue poniendo en el trasero, uno tras otro, todos los sellos de nuestra estación. ¡Hasta la fecha le puso! Pero Zdenička llegó por la mañana a su casa y su mamá vio los sellos y vino corriendo enseguida a decir que iba a quejarse a la Gestapo. Así que tuve que levantar acta. ¡Un horror! ¡Y Zdenička tuvo que ir inmediatamente a la dirección y los sellos los examinó el mismísimo director de los ferrocarriles del Estado! ¡Un horror! —exclamaba el jefe de estación y las palomas se caían de sus brazos extendidos y movían las alas para mantener el equilibrio.

Y alrededor de la verja de nuestra estación, allá al otro lado, la señora condesa de Kinsky galopaba en un potro negro, volvía ya de recorrer

las fincas, galopaba como si estuvieran unidos aquel potro negro y ella. Y el jefe de estación salió al andén con aquellas palomas polacas, hizo una reverencia a la condesa, que atravesó las vías y llevó al caballo al galope hasta la estación y bajó del potro con tanta suavidad, su pantalón de montar sólo rozó la silla de cuero, y después el jefe de estación le besó la mano, y rodeado de palomas polacas fue andando con ella, y la señora condesa, como si fuera lo más normal del mundo, no se asombró en lo más mínimo por aquellas palomas sino que ella misma les ofreció el guante para que se posaran mientras hablaba con el jefe de estación.

Al factor Hubička se le iban los ojos detrás de la condesa.

—Miloš, ¿sabes lo que me gustaría? Me gustaría convertirme en esa silla de montar —y señaló al potro negro y su montura, y luego escupió y se rió y me dijo en voz baja:

—Miloš, he tenido un sueño precioso. Soñé que me convertía en carrito y que la señora condesa me cogía de la barra y maniobraba conmigo hasta llevarme al depósito —y volvía a mirar impudicamente a la señora condesa, a sus piernas, mientras ella iba paseando con el jefe de estación hacia el depósito de granos, el «liverpul», y el jefe de estación se asustó tanto de alguna noticia que seguramente acababa de darle la señora condesa, que las palomas abandonaron asustadas

sus hombros y echaron a volar. Y la señora condesa dio la mano al jefe de estación y él se la besó respetuosamente, después pretendió ayudarla a llegar a los estribos pero la señora condesa lo detuvo con un movimiento de la mano y saltó sobre el potro negro, abrió por un instante las piernas y el subjefe Hubička se frotó los labios y declaró:

—Eso sí que es un culazo —y escupió.

Y la señora condesa salió de la estación al galope, el potro negro se reflejaba en la nieve, a la que hacía brillar un sol rosado. El factor Hubička dividía a las mujeres en dos categorías. A las que eran dominantes de la cintura para abajo las llamaba como a la señora condesa: culazo; y a las que de cintura para arriba tenían unos pechos hermosos las llamaba tetón. Como latón, martillazo, escopetazo o así.

Y el jefe corrió enfadado hacia la puerta de la estación y rugió:

—¡Hubička, ya lo sabe hasta la condesa de Kinsky!

Y se dio la vuelta al llegar a la puerta y se fue moviendo la cabeza de un lado a otro, terriblemente serio, y subió la escalera directamente hasta la cocina, donde lo primero que hizo fue golpear un par de veces con la silla contra el suelo hasta hacer que en la oficina de comunicaciones cayese escayola del techo y después gritó por el ventanuco del patio interior:

—¡Es la maldición del siglo del erotismo!

¡Todo es erotismo! No hay más que excitaciones eróticas. ¡Los adolescentes y hasta los niños se enamoran de las niñas que cuidan los gansos! ¡Tragedias sentimentales copiadas de los libros y las películas eróticas! ¡A la cárcel los escritores y los educadores y los vendedores de libros y fotos pornográficas! ¡Abajo la enfermiza imaginación de la juventud! Descuartizó el cadáver de la lechera y seguro que hubiera descuartizado hasta el cadáver de su prima si no se lo hubieran impedido. En la droguería un maniquí muestra un corte en las caderas semejante a las de una mujer joven a tamaño natural. ¡Y los jóvenes lo miran con avidez! El *atelier* de un pintor le deja a uno dudas de si ha entrado en una carnicería donde se vende carne humana. ¡Canibalismo! Han encontrado a la asesinada en la maleta y buscan a un hombre rubio con un diente de oro. La última vez que lo vieron le compraba a ella una manzana australiana en el supermercado Corona. ¡Aj! ¡Pura carne! Asesinatos sexuales en el horizonte. Al banquillo de los acusados los maestros que toleran la educación sobre temas sexuales. ¡Cuanta más inmoralidad y más placeres, menos cunas y más féretros! —gritaba ya con voz ronca el jefe de estación por el ventanuco de la cocina del primer piso hacia la oficina de comunicaciones.

Eso se debía a que el jefe de estación era miembro de la Unión de Acción Regeneradora de Praga y, además, a que la señora condesa, cuan-

do encargaba vagones para transportar ganado al matadero, le echaba con frecuencia en cara al jefe de estación que su fe era tibia, que si cayese la Iglesia católica se desplomaría el mundo entero. Y el jefe de estación, cuando pasaba cerca de alguna iglesia, si estaba de uniforme, saludaba a la iglesia, y cuando estaba de civil, entonces se quitaba su sombrero de cazador y le hacía a la iglesia una reverencia y le murmuraba algo en voz baja, hablaba con ella.

Trenes rigurosamente vigilados, la novela más conocida de Bohumil Hrabal, es una divertida y entrañable historia sobre la resistencia frente al invasor alemán durante la Segunda Guerra Mundial, protagonizada por los empleados de la estación de tren de un pequeño pueblo checoslovaco. El descubrimiento del amor y del deseo están presentes en la narración del despertar al mundo adulto del aprendiz y verdadero héroe de la novela, que sigue los pasos del hedonista factor de la estación tras la atractiva telegrafista. La ingenua humanidad que transmiten estos personajes se convierte en solemne cuando su forma de entender la vida, de entender lo que es un hombre, los lleva a rebelarse ante el invasor no ya con la palabra y la ironía, sino arriesgando su vida. Una imprescindible y sabia reflexión sobre lo que significa ser humano.

Hrabal está considerado como uno de los grandes escritores checos del siglo XX y tal vez el más importante del periodo de la posguerra. Maestro del humor y la ironía, era capaz de ver lo genial del absurdo de la vida y de las situaciones cotidianas. Entre sus obras publicadas en castellano se encuentran *Una soledad demasiado ruidosa* y *Anuncio una casa donde ya no quiero vivir* (El Aleph).



Modernos y Clásicos de El Aleph

ISBN 84-7669-741-4



9 788476 697412